



Para una comprensión ecológica de la sexualidad humana

Naturaleza y Sabiduría

Todo parece indicar que desde siempre el hombre ha tomado la Naturaleza, en sentido amplio, como fuente de conocimiento, de *substancia* para aprender de la infinita sabiduría que ella, en sí misma, encierra. Sin embargo, no fue hasta el Siglo VI A.C., en las colonias jonias griegas, que esta reflexión se hizo crítica, sistemática. Según K. Popper, el desarrollo de esas sociedades condicionó un abandono de los mitos y de la aceptación incondicional de los sucesos. Surge así la filosofía, cuya traducción un tanto simple significa amor al saber y se le adjudica a Tales de Mileto la primacía en hacerse las mismas preguntas que 26 siglos después nos hacemos nosotros todavía: ¿qué es la vida?, ¿de dónde venimos?, ¿qué hay después de la muerte?

Aquellos primeros filósofos, solo dotados de su razón, construyeron las bases de lo que hoy es la madre de todas las ciencias. Experimentos muy rudimentarios servían entonces para elaborar juicios que, al final, los conducían a leyes más generales, siempre con el propósito de explicarse los fenómenos, de encontrar en cada *misterio* una razón, un principio explicativo. En tal magnitud fueron geniales los filósofos griegos Heráclito, Sócrates, Aristóteles y

...quienes, al reivindicar sus derechos, olvidan por completo sus deberes o no les dan la importancia debida, se asemejan a los que derriban con una mano lo que con la otra construyen.

Juan XXIII

Carta Encíclica *Pacem in terris*

Por PEDRO RAÚL DOMÍNGUEZ

Platón, que muchos autores dicen que la filosofía después de ellos es sólo anotaciones al margen de sus obras.

Pero con la filosofía sucede algo curioso. Independientemente de las muchas horas de estudio y lecturas de todo tipo, el filósofo suele ser un *natural*. Esto quiere decir que la Academia instruye, prepara, pero se necesita un tipo especial de observación y capacidad de juicio para ser brillante en un mundo, el de la filosofía, donde casi todo parece haber sido dicho hace más de dos milenios.

Para tener un título de filosofía bastaría aprobar los exámenes de una carrera universitaria. *Ser filósofo* es un proyecto distinto: una forma de vivir y de pensar. Y he aquí que nos encontramos con filósofos *silvestres* o profanos que dejarían boquiabiertos a los más encumbrados académicos. Su conocimiento de la vida carece de los retruécanos propios de las bibliotecas y los anfiteatros. Pero sus observaciones del mundo y sus juicios, aparentemente

simples, resultan originales, sorprendentes.

Estos *filósofos de la vida* en pocos sitios los hallaremos más numerosos y mejores que en los campos. Crecidos entre la vida y la muerte, las épocas de seca y de lluvia, la miseria y la bonanza, la dureza del Sol, del trabajo y la candidez de la Luna y el descanso temprano, nuestros campesinos atesoran una sabiduría extraordinaria. Su escuela, su academia, muchas veces no ha sido otra que la observación, día a día, de la Naturaleza, su contradictorio y a veces caprichoso ocurrir. Han aprendido desde niños que ciertos errores cuestan muy caros para ser repetidos, y en cada equivocación tienen una fuente de conocimiento.

Si podemos decir que la filosofía, sabiduría o amor al saber es la madre de todas las ciencias, de las ciencias aplicadas también se sirve la filosofía. Afirmar, además, que no hay una corriente filosófica, un amor al saber fuera o de espaldas a la Naturaleza. Cuando esto ha suce-

dido, la teoría resulta demasiado vulnerable para tenerse en cuenta. La Naturaleza es, entonces, Madre Suprema de todo juicio humano cierto. Cualquier reflexión en el orden de las ideas, por muy bella e inteligente que parezca, si entra en contradicción con el ordenamiento natural de las cosas y de los fenómenos, pierde todo su sentido.

Siendo el Hombre la cima de lo que llamamos Naturaleza, Creación, Evolución, es lógico que la filosofía lo tenga como centro de atención. Pero el Hombre, también por su esencia y como no puede hacerlo ningún otro ser vivo, se cuestiona ese ordenamiento dado, creado. Y al cuestionárselo, es inevitable que se proponga cambiarlo porque, del mismo modo, es la única criatura capaz de hacerlo. He aquí, entonces, el dilema entre Naturaleza y Hombre: ¿dónde está el punto que delimita lo que puede o no puede ser cambiado? ¿O, acaso, no es un punto, una línea, sino una franja amplia y borrosa, cruzada unas veces sin darse cuenta y en otras, con toda intención?

Naturaleza y Equilibrio

La Ecología es una ciencia cuyo objeto de estudio son las relaciones entre los organismos vivos y su medio ambiente. El término fue usado por primera vez en 1869 por E.H. Haeckel, y en los estudios ecológicos tienen cabida casi todas las ciencias que conocemos. Deriva de *oikos*, hogar, y tiene raíz semántica compartida con economía, de modo que vendría a ser una suerte de *economía de la naturaleza*.

Es importante el uso de este sintagma para el objetivo de este trabajo, pues estaremos hablando en Ecología de una ciencia la cual no admite que dos más dos sean seis. Cuando *forzamos* la cuenta para que sean seis y no cuatro, tarde o temprano es la vida misma quien nos pasa el cheque.

De aquí, una lección muy clara ofrece la Naturaleza: el ordenamiento puede ser cambiado a favor del

hombre, pero como el medio ambiente está conectado hasta en sus más mínimos detalles, un pequeño cambio condicionará cambios en otros puntos del sistema. Estaría bien represar un río para aprovechar sus aguas en tiempos de sequía y evitar inundaciones. Pero deben esperarse, tal vez, cambios en la fauna y la flora de sus riberas, en el lecho de sus afluentes. Sería correcto construir un puente de enlace entre una isla y la tierra firme. No obstante, si los pilares cortan las corrientes marinas, desaparecerán especies y algas que necesitan determinados tenores de oxígeno y de nutrientes en aguas rápidas.



Otro principio observado con regularidad, y derivado de la organización sistémica del ambiente es su capacidad para corregirse a sí mismo. Es una disposición *connatural*: la búsqueda del equilibrio. Sistema *abierto*, la Naturaleza *procesa* los cambios provenientes de sistemas exteriores -movimientos planetarios, explosiones solares, etc.- y procedentes de su interior, como la del hombre, en función de la estabilidad. El agua represada tratará de buscar otro cauce; la tala indiscriminada traerá sequía, mientras en otros lugares habrá inundaciones.

Esta disposición a la organización autónoma y el equilibrio puede verse en la evolución de los seres vivos. Allí donde ha surgido alguna modificación, la Naturaleza la somete a la prueba de su viabilidad:

desaparecen los organismos incapaces de adaptarse y reproducirse, de entrar en relación con otros sistemas ambientales. En cambio, permanecen aquellos cuyas modificaciones permiten el sostenimiento propio, y una mejor conexión con el resto de la Naturaleza.

Revoluciones: cambios y consecuencias

Aunque desde el Siglo XIX se estudia y conoce la relación entre especies vivas y el medio físico que las rodea, no fue hasta bien entrado el XX que hubo mayor preocupación por la ciencia ecológica. La depredación humana de las bondades de la Naturaleza comenzó, paradójicamente, para mejorar las vidas de las personas. De alguna manera, adelantados en el tema previeron que los ritmos de explotación desmedida de los recursos del medio natural sería insostenible a mediano y largo plazos.

La Revolución Industrial inglesa del Siglo XVIII hizo pasar al hombre de la producción agrícola y artesanal a la mecanizada, con enormes fábricas situadas casi siempre cerca de los ríos, los lagos y los mares. Las industrias desde donde salían objetos para vestir, calzar, dar techo y alimentar a grandes masas de población, se hicieron también grandes consumidoras de recursos naturales sin presentir entonces que ciertos bienes se agotaban, que su explotación sin medida contaminaba el ambiente. Ha llovido mucho desde entonces, sobre todo de un tipo llamado *lluvia ácida*, que no es otra cosa que una muestra de la contaminación del medio ambiente y su daño potencial para plantas, animales y personas.

Cuando las empresas situadas en países con desarrollo se percataron de que hipotecaban el futuro de sus ciudadanos, optaron por la no ética táctica de mudarse a sus antiguas colonias. Y aún parecen no darse cuenta de que la sequía en África o en Asia provoca inundaciones y tormentas en Europa y en Norteamérica.

ca, pues, como ha sido dicho, el medio ambiente es un sistema al cual no escapan los cambios operados en otro punto de la geografía, por muy distante que se encuentre.

La *Contrarrevolución Industrial* o Revolución Ecológica comenzó a tomar fuerza en la década de los sesenta del pasado siglo, cuando los niveles de contaminación ambiental y no pocos accidentes productivos, sobre todo nucleares y químicos, alertaron a la Humanidad que estaba sentada sobre una bomba de tiempo.

Hoy los luchadores de la Revolución Ecológica que se autotitulan *verdes*, tienen partidos políticos. En Alemania, por ejemplo, son una fuerza a derrotar en cualquier discusión parlamentaria. Pero como pasa con toda *contrarrevolución*, la contienda ecológica ha ido más allá de la razón y de la necesidad: se ha tornado a veces ridícula y contraproducente.

En esta lucha por una Ecología del Hombre, por un equilibrio entre el hombre y el hombre mismo, parece olvidada toda polémica sobre la vida sexual. Si bien los ecologistas abogan por dietas, aires y lugares más sanos, falta la misma tenacidad para defender una familia humana sostenible, *ecológicamente sustentable*.

La llamada *Revolución Sexual* de mediados del pasado siglo buscaba, también, una mejoría de los derechos de la persona. Había empezado, al menos teóricamente, a principios de esa centuria, cuando el psicoanálisis intentó explicar los lados más oscuros y reprimidos de la mente humana. Hasta entonces, y es justo reconocerlo, temas como el placer y el derecho al disfrute del cuerpo estaban ausentes en las discusiones sobre la felicidad. La mujer y su derecho al gozo de una sexualidad plena, responsable y digna, era un tabú.

Quizás fue el duro choque de la Humanidad frente al totalitarismo a mediados del XX, unido a un desarrollo nunca antes visto de las fuerzas productivas, la ciencia y la técnica, lo que desencadenó la revuelta liberal en este campo, cuyo lema no

Una vida sexual temprana, sin preparación física y psicológica, mantenida por los padres podrá ser muy libre y amorosa, pero nada tiene que ver con la unión de dos personas con el fin de fundar una familia. Y si no hay hijos, no hay escuelas, y no habrá quién trabaje mañana, y la población empezará a disminuir drásticamente.

podía ser más enervante: hagan el amor, no la guerra.

Curiosamente, y como sucede con cualquier revolución, lo que comenzó siendo un cambio justo e imprescindible en busca de la felicidad humana, derivó, de forma peligrosa, hacia un nuevo tipo de dictadura. La tiranía del cuerpo y del placer, el gozo sensorial por encima del espiritual, predominó. Se despegaron, en el hombre, los derechos de los deberes, el placer individual de su responsabilidad social. Y la sexualidad se redujo a la *genitalidad*, vaciándose de su contenido emocional, que es lo único que le otorga un distintivo sello humano. Hoy, toda aquella Revolución Sexual de los 60, sin paradigmas ni *gurúes*, tiene ya una sustentación teórica en el Relativismo y líderes visibles en parlamentos, academias de ciencias y medios de comunicación social.

Viejas y nuevas costumbres

Intentemos demostrar que los ritmos y las formas en que se vive la sexualidad humana en gran parte del Mundo de hoy resultan incompatibles con la supervivencia de la especie. Anotemos antes un dato interesante: en apariencia, el reclamo inicial, el *motivo del cambio*, es lógico. Se pudiera decir imprescindible. Pero la *filosofía de la vida* nos muestra que podemos estar un tanto equivocados.

Durante mucho tiempo se habló de que las experiencias sexuales de los adultos no debían ser compartidas con los niños. Estas conversaciones delante de ellos debían ser evitadas. La corriente opuesta planteaba que los niños debían tener acceso a tales experiencias, pues crecían desinhibidos, oyendo como cosa natural las relaciones íntimas entre adultos. Al triunfar la desinhibición total, hoy tenemos niños de apenas siete años capaces de explicarnos al detalle una relación sexual íntima -con palabras soeces incluidas- que ni ellos mismos entienden. Pero no haría falta la *cooperación* de sus padres o familiares: bastaría la televisión u oír algunos de esos temas musicales que los adultos les *regalan* casi desde que se levantan para ir al colegio.

Este niño ya adolescente clama por su independencia. Las *viejas costumbres* indicaban que la libertad tenía el precio de la responsabilidad; hasta tanto el joven no fuera capaz de mantenerse o iniciar estudios profesionales, esa independencia era relativa. Las *nuevas costumbres* planteaban al adolescente como sujeto de derecho absoluto. Dueño de su cuerpo y sus emociones, ni los padres debían interferir en sus decisiones. Inestables emocionales -y encendidos hormonales-, los jóvenes empezaron a convivir juntos cuando todavía sobre las repisas de sus cuartos las muñecas y los soldaditos estaban calientes. Resulta frecuente que dos personas fértiles y jóvenes tengan más de una relación íntima al día. Por ello parece también inevitable



que en algún momento y por muchas medidas anticonceptivas al uso, la adolescente -considérese así hasta los 17 ó 18 años- salga embarazada.

Las *viejas costumbres* no toleraban el aborto. Lo consideraban -y así lo concibe todavía la Iglesia- poner fin a una vida humana. Pero las *nuevas costumbres* hablan del derecho que tiene la mujer sobre su propio cuerpo -sin asumir *el derecho de nacer-*, como rezaba la famosa novela de Caignet y que nos recordó el turbulento Oscar de León en plena década del 80. De modo que, tras el *derecho al aborto*, se va de embarazo en embarazo hasta encontrar no pocas chicas de apenas 20 años cuya historia obstétrica haría palidecer a vacunos de *malo vientre*.

No es cierto que el legrado o aspiración -es lo mismo: uno por raspado quirúrgico, el otro por aspiración endometrial- sea un proceder inocuo, sin riesgos, como se anunciaba no hace mucho tiempo: menos peligroso que sacarse una muela. Además de los daños psicológicos a largo plazo, los abortos provocados a repetición son causa frecuente de infertilidad femenina e infecciones genitales.

Esa muchacha o muchacho con una temprana iniciación sexual, de larga experiencia en cambios de pareja como de ropas, y de múltiples abortos -no de muelas sacadas, las cuales respeta mucho más- muchas veces pierde todo interés en casarse,

en tener hijos, en construir una familia.

Las *viejas costumbres* indicaban que la mayor ilusión de una persona era el día de su boda o el nacimiento de su primer hijo. Nos dicen las *nuevas costumbres* que el momento cumbre del individuo es el día de su graduación universitaria, de su primer cobro, del primer auto o abrir la puerta de su primera casa. La nueva época demanda entonces convivir sin ceremonial ni papeles firmados, que un hijo debe ser pospuesto hasta haber alcanzado la estabilidad material suficiente. Como la *estabilidad material* apenas si la tienen los millonarios, y un hijo no es un programa, una *cosa* que está en una agenda de trabajo, a veces se tiene uno solo. Y a veces, ninguno.

Pero en caso de tener ese hijo, y tras muchas experiencias matrimoniales -de papeles y sin ellos-, la mujer o el hombre no están dispuestos a *soportarle nada a nadie*. Las *viejas costumbres* decían que el matrimonio debía defenderse hasta con los dientes, y si había hijos, con la vida misma. Las *nuevas costumbres* replicaban que el matrimonio es solo un contrato: si no funciona, se rescinde y punto. Si hay hijos por medio, es lo mismo criarlo sola(o) antes que mal acompañada(o). Para eso mujeres y hombres se han *liberado*. Hoy no pocos niños conocen un *padre* casi todos los meses. Las madres de poca suerte, *liberadas*,

deben aprender a jugar bolas lo mismo que a intervenir en una pelea callejera de sus hijos, porque el padre biológico, también *liberado*, acaso se ocupa de mandar una ridícula pensión mensual y por correo.

Esa madre o padre con hijos, envejece. Las *viejas costumbres* aconsejaban que los hijos debían asumir a sus ancianos. Era asunto de suprema decencia: un asilo, salvo contadas excepciones, era sinónimo de familia que no quería a nadie. Pero difícilmente alguien que comenzó su vida sexual y emocional demasiado temprano, después convivió con múltiples personas según sus deseos o gustos, y tuvo un hijo solo porque no le quedó más remedio, pueda tener responsabilidad para hacerse cargo de un anciano. Tales son las *nuevas costumbres*: los ancianos son *cosas* con fecha de caducidad: su lugar, pues, está en el cuarto de desahogo, llámese un rincón de la sala o un asilo de ancianos.

Ecología sexual

La depredación indiscriminada de la familia es insostenible porque, como sucede con el medio ambiente, parece no existir consciencia de que también somos un *recurso agotable*, y como cualquier ser vivo de la Naturaleza, los cambios en nuestras vidas personales, familiares, sociales y de entorno siempre conllevan cambios en otros puntos de la geografía humana.

Los animales suelen ser más *inteligentes* que las personas en ese sentido. Ningún animal mata o tiene sexo con otro por puro placer. Es sólo instinto. Asunto de vida o muerte. Y sin embargo, *no se pasan*. No obstante, al hombre, al que ha sido dada la capacidad del disfrute espiritual de una buena cena, una agradable pareja con la cual compartir, *se le va la mano*. Tendríamos que pensar que estamos, los seres humanos, ante un grave dilema existencial: la tentación entre el gozo irracional y la responsabilidad juiciosa frente al *oscuro objeto del deseo*, parafraseando a Buñuel.

Del mismo modo que obramos sobre la Naturaleza de manera insensata -matamos bisontes y talamos secuoyas- por mero gusto, asimismo depredamos los recursos propios -biológicos y psicológicos- cuyo fin, además del placer, es hacernos mejores personas. El cuerpo humano es maquinaria indivisa, un sistema formado por muchos subsistemas interrelacionados. Por tanto, tiene también un orden que varía según las acciones internas o externas que sobre él se producen.

Todos estamos conscientes de la acción del tabaco y el alcohol sobre la salud humana. Sin embargo, poco o casi nada se habla de que una vida desordenada en la esfera sexual humana regularmente tendrá efectos en otras esferas del sujeto. Y al mismo tiempo, un individuo de existencia anárquica influirá en la vida de otras personas, tejiéndose así una red de relaciones también desordenada, insostenible, no dispuesta al bien, la verdad y la belleza.

Las *nuevas costumbres*, o cambios en la sexualidad humana de los últimos 50 años, si bien parten de la intención de hacer más felices y libres a las personas, en ocasiones llegan a puntos que las hacen no *sustentables* a mediano y largo plazos. No tienen en cuenta el equilibrio natural y la responsabilidad del individuo con los demás y con el medio ambiente. Una vida sexual temprana, sin preparación física y psicológica para enfrentarla, no es sostenible. La convivencia mutua sin casarse, sin *firmar un papel* y mantenida por los padres podrá ser muy *libre* y amorosa, pero nada tiene que ver con la unión de dos personas con el fin de fundar una familia. Y al no ser pensada esa relación para tales fines, no hay hijos ni compromisos para tenerlos. Y si no hay hijos, no hay escuelas, y no habrá quien trabaje mañana, y la población, como sucede en muchos países, empezará a disminuir drásticamente. Esas *nuevas costumbres* no son sustentables para la especie humana.

Una sociedad que promueve el usufructo del cuerpo vaciado de toda

emotividad, y a la vez premia a quienes trabajan diez y doce horas diarias sin importarle cómo vive su familia, no es sostenible. Antes, más bien, creará hombres y mujeres centrados en ellos mismos, en sus placeres y gustos, en los trabajos que pagan estos. No es negocio, en esas condiciones, ni tener hijos ni ancianos en casa.

Pero hay más: no existe el anti-conceptivo no natural inocuo. Unos anticonceptivos actúan sobre el equilibrio hormonal, otros sobre los tejidos del útero a modo de factor irritante. Luego, la llamada *salud reproductiva* basada sólo en el uso de anticonceptivos no naturales, podrá ser muy *segura* para no concebir, pero podría ser muy insegura desde el punto de salud. Hoy apenas tenemos una idea cierta de cuantas infecciones, abortos espontáneos y esterilidad femenina debemos a esos objetos extraños al organismo.

Para una sexualidad sostenible

Alejado de este trabajo está crear una conciencia de *verdes* sexuales. La vida enseña que las *contrarrevoluciones* suelen desembocar, cual péndulo que regresa a toda carrera, en el mismo sitio desde donde partieron.

Nunca deberíamos perder la perspectiva de que hace sólo medio siglo el disfrute pleno y responsable de la sexualidad, el derecho de la mujer a planificar sus hijos e integrarse a la sociedad, y la educación para el amor de las generaciones más jóvenes eran temas vetados; que consultar un especialista por una disfunción sexual o la infertilidad de una pareja era bien raro; que la terapia de parejas o familias donde se dirimían, entre otros asuntos, temas relacionados con la sexualidad de sus miembros, era impensable.

Pero, ¿cómo y dónde advertir aquellos puntos donde empezamos a ser en vez de *usuarios* coherentes de nuestra sexualidad, *depredadores* irreflexivos de la misma?

Las respuestas no son fáciles de hallar, porque como sucede con el

ambiente, la frontera entre lo que tolera el medio y lo que lo daña de manera irreversible suele ser imprecisa. Sin embargo, hay algunas pistas útiles desde la antropología y la biología que, como también ocurre con el medio ambiente y aunque nos pese, parecen muy claras en cuanto al ordenamiento natural de las cosas.

Estas guías, muy generales, tienen que ver con el respeto a la dignidad y la integridad de la persona humana -el respeto al cuerpo, la no separación entre lo físico, lo emocional y lo social-; la libertad individual siempre comprometida con los demás -la fidelidad, el amor como donación al otro-; el respeto a la vida nacida, por nacer o por terminar -la deferencia hacia los niños y sus edades, el derecho a nacer y a morir sin intervenciones supuestamente humanitarias-; la preservación de la familia -siempre primera, incluso por encima de las necesidades del Estado, del Mercado o de la Ideología.

Se avizoran muchos más cambios, todos introducidos por el hombre, en el horizonte de la sexualidad humana: bebés *a la carta*, adopción de niños o inseminación artificial en parejas homosexuales, operaciones transexuales sin una base genética que las justifique, etc.

Los adalides de tales cambios argumentan trabajar por la felicidad del ser humano, sin exclusiones. Eso mismo dijeron quienes, en nombre del bienestar, atacaron el medio ambiente sin reparar en las consecuencias a mediano y largo plazos para el hombre.

No parece haber suficiente fuerza o razones para detener ese *neoliberalismo sexual* que comprometerá en pocos decenios la especie humana.

Sólo la Naturaleza, una vez más y desgraciadamente de forma tardía, podrá decir la última palabra.

